

## CARTA A LAS IGLESIAS

*«Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca».*

*Juan, Apocalypsis, 1:3*

22 DE MARZO SUB ERA 781 / AÑO 743 D. C / 120 A. H.

CARTHAGINEM / QARTAYANNAT / CARTAGENA, AL-ÁNDALUS  
PROVINCIA OMEYA DE ISPANYA

Todo comenzó con un roce, una ligera caricia propiciada por un azar que entrecruza vidas humanas maquillándose de Dios. El, un árabe kalbí nacido en Damasco, acababa de arribar a las playas de Cartagena procedente de Palestina. Ella, una prostituta cristiana con largos años de trabajo en la ciudad y el puerto, buscaba dírhams. Nada sabía la mujer acerca de su cliente, pero en su sudor juvenil olió el fervor de los novatos. El kalbí se lo confirmó al oído mientras protagonizaba un cortejo innecesario: *«El nuevo gobernador de Qurtuba, Abdul-Jattar, me entregará buenas tierras en al-Ándalus»*. La prostituta fue consciente de que dichas posesiones habían de ser ganadas con hierro: aquel joven no era el primer guerrero árabe que visitaba su lecho.

El joven kalbí se deshizo rápidamente de sus botas de piel de dromedario, de cuyo interior brotó un puñado de arena rosa del desierto que fue a depositarse en forma de colina sobre las pieles que cubrían el suelo. Después, acarició de nuevo el rostro de la afanada prostituta, pero ella, perdida entre sus piernas, solo podía posar la mirada en la montañita de polvo proveniente de los confines de Siria. Los musulmanes habían venido a Ispanya para quedarse y esparcirse, como la tierra que portaban en sus babuchas.

—¿Quién fue el último hombre con el que te acostaste? —El kalbí sujetó reciamente a la prostituta por la barbilla, lo que la obligó a detener su trabajo y mirarlo—. ¿No sería un sucio qaysí?

La prostituta negó con la cabeza al percibir una sombra de duda en el rostro del joven, y, ansiosa por no perder su salario, sus labios volvieron a descender sobre el enhiesto miembro del árabe. Jamás se

le había escapado un cliente, y nunca había dudado en mentir para lograrlo.

El kalbí abandonó el lecho sin despedirse. Nada más guardar los dírhamms por los que hacía su trabajo, la prostituta corrió a lavarse a la letrina. Una vez allí, desnuda, escuchó descorrerse la cortina que cerraba su habitación. Emitió un suspiro cansado y giró la cabeza con extrañeza. No esperaba visita, por lo que supuso que el árabe kalbí al que acababa de despachar debía de tener algún tipo de reclamación. De mal humor, decidió salir sin cubrirse, dispuesta a gritar en alto ante la menor falta de respeto por parte de su anterior cliente. Claudio, su proxeneta, no tardaría en subir armado hasta los dientes.

Su sorpresa fue mayúscula al encontrarse, de pie y en el centro de una habitación que todavía olía a sexo, a un monje bajito y delgado cuyo rostro se coloreó de escarlata ante la opulenta desnudez de la prostituta. Se miraron un instante, observándose, mientras decenas de gotas caían desde el cuerpo de la mujer, empapando las alfombras que cubrían una estancia que monje alguno había pisado, hasta humedecer la cálida arena que el guerrero kalbí había dejado a su paso.

El enjuto eclesiástico fue el primero en hablar, volviendo el rostro para no seguir mirando aquel cuerpo como esculpido por manos afeadas. Su hábito negro lucía sucio y remendado, y la mujer solo pudo pensar que el clérigo era un simple desgraciado.

—¿Sois vos Amalia, la prostituta cristiana? —preguntó el monje con un hilo de voz.

La mujer se acercó al lecho, tomando un amplio velo con el que comenzó a cubrirse los cabellos. Se percató de que el monje tenía un extraño acento oriental, muy similar al de los mercaderes sicilianos que atracaban sus navíos en el puerto de Cartagena.

—Amalia, así me llaman. No suelo recibir a monjes por aquí.

Los ojos del tonsurado se entrecerraron mientras una leve sonrisa se dibujaba en su rostro.

—No vengo a darle trabajo, señora; al menos del que usted ejerce...

—El monje sacó de su manga un pequeño estuche de cuero—. Me han dicho que, a pesar de su oficio, es buena cristiana y acude a misa diaria en la iglesia de san Cosme y san Damián.

—Así es, padre —contestó la prostituta, santiguándose.

—Y que tiene dos hijos, un varón y una joven muchacha, que la ayudan de vez en cuando...

Amelia esbozó una mueca amarga.

—Desgraciadamente, sí.

El monje inclinó la cabeza e introdujo una de sus delgadas manos bajo el negro hábito. Ante los interesados ojos de Amelia mostró un

saquito de cuero que abrió con sumo cuidado, y el brillo del oro destelló entre las sombras de la estancia.

—Estos dineros serán vuestros... —el sacerdote miró fijamente a la prostituta— a cambio de prestarme un servicio que solo una buena cristiana puede realizar.

Amelia escuchó muy lejana la voz del monje. Cautivada por el brillo del metal, alargó la mano y tomó entre sus dedos una de las enormes monedas, cinco en total, contenidas en el saquito que ofrecía el eclesiástico. Temblorosas, las yemas de sus dedos recorrieron el grabado de un hombre con corona cuya mano diestra portaba una cruz.

—Son *solidi* imperiales, moneda de Constantinopla —explicó el monje en un susurro, tomando él también una de aquellas gruesas monedas—. Servirán para que podáis comenzar cuantas nuevas vidas deseéis.

La ansiedad por escapar de un oficio ingrato hizo que Amelia asintiese antes de conocer siquiera lo que le pediría el monje a cambio. Satisfecho, este volvió a buscar entre los bolsillos de su hábito, y de ellos sacó un rollo de pergamino cerrado por un grueso sello de cera. Después, se lo tendió a Amelia mientras su pulso temblaba.

—Me encuentro a punto de terminar un viaje muy largo desde el lejano Lazio, donde acabaron sus días los santos Pedro y Pablo... —Los dedos del monje se frenaron un momento, como si los sufrimientos del camino lo invitasen a retener aquello por lo que había sufrido tanto—. Guardad esto hasta que alguien acuda a recogerlo... —Finalmente, el rollo de pergamino se posó sobre la palma de la mano de Amelia—. Y si eso no sucede, enviad a vuestro muchacho a casa de Marcial, obispo de Cartagena: decid que es un mensaje de Jorge de Sutri, y os recibirá.

La prostituta tomó resueltamente el saquito y la carta de manos de Jorge de Sutri y los apoyó sobre el lecho que presidía la habitación.

—Os habéis ganado el cielo, hija mía —dijo el monje, esbozando una sonrisa agradecida y bendiciéndola sentidamente.

Se escucharon golpes en el suelo de madera, y Jorge de Sutri dio un pequeño salto, sobresaltado. Amelia, acostumbrada, acercó, veloz, la oreja al suelo.

—¡Tienes clientes, cristiana! ¡Vete terminando! —gritó Claudio, el proxeneta.

El monje dirigió una última mirada a la prostituta, quien así con fuerza el saco de oro.

—Esperad un par de días y, después, corred lo más lejos posible de aquí.

La cristiana asintió lentamente, y continuó haciéndolo mucho después de que Jorge de Sutri partiese rumbo a las atestadas callejuelas

de Cartagena. No habían pasado ni cinco minutos cuando los pasos del segundo de los clientes de la tarde resonaron en el pasillo. Esta vez era un fornido qaysí al que no diferenció de su anterior cliente kalbí: todos los guerreros árabes olían igual. Sirios, yemeníes, andalusíes, bereberes... Aquel, sin embargo, fue diferente. Aferrada a las palabras de Jorge de Sutri, Amelia resistió los bruscos envites del qaysí sabiendo que sería su último cliente.

#### PUERTO DE CARTAGENA, A MEDIANOCHE

Mientras los guerreros kalbís traídos desde Siria por el valí Abdul-Jattar, nuevo gobernador Omeya de al-Ándalus, tomaban los muelles de Cartagena y se dedicaban a divertirse durante su primera noche en suelo hispano, uno entre todos ellos permaneció en la galera que lo había transportado a lo largo del Mediterráneo. Encerrado en la cámara de popa de su galera, sin prisa por poner los pies en la provincia que debería gobernar en nombre de Damasco, Abdul-Jattar trataba de ignorar el molesto rasgar de uñas que delataba la presencia de ratas sobre la cubierta del barco para concentrarse en la lectura de un documento escrito en griego.

—Aún no he puesto pie en mi nueva provincia y ya encuentro en ella dhimmíes rebeldes que pretenden derribarme.

Sin poder ocultar un resoplido, Abdul-Jattar alzó la vista para observar al monje que, arrodillado ante el valí, ensuciaba su hábito negro con la sal que desprendían las maderas de la cámara. El cristiano, sumiso, ofreciendo únicamente su bien cuidada tonsura, no alzó la cabeza del suelo.

—Las órdenes que el califa me entregó en Damasco eran muy claras: «*Haya paz entre dhimmíes y musulmanes, y que los primeros la compren con los tributos al Altísimo...*» —continuó Abdul-Jattar—. Esa es la voluntad de Alá, y, como tal, pensé que sería respetada... —El señor árabe frunció las cejas hasta casi juntarlas—. Hasta que un hispano de Qartayannat, un proxeneta de puerto, se presentó aquí, en esta cámara, hace una hora escasa, para decirme que una de sus prostitutas acaba de comprar su libertad con *solidi* imperiales.

El monje permaneció con los labios sellados mientras notaba cómo sus orejas enrojecían y el sudor brotaba en su nuca.

—Ha resultado sencillo saber qué cliente pagó los servicios con unas monedas tan raras en Ispanya, dhimmí, y más cuando mis hombres os descubrieron tratando de abandonar Qartayannat por la Puerta de Tulaytula y encontraron esto en vuestras ropas... —Abdul-Jattar

agitó el pergamino escrito en griego ante los ojos del monje—. Y vos, perro, seguís negándoos a colaborar. —Abdul-Jattar arrastró estas últimas palabras antes de soltar un sonoro bofetón en el rostro del monje Jorge de Sutri—. Decidme qué dice esa carta, *nasara*... —el nuevo valí de al-Ándalus apretó los labios ante el rostro enrojecido del cristiano, que aguantaba cabizbajo— o pronto seréis comida de tiburón.

Los párpados del hermano Jorge bajaron lentamente mientras su mente se aferraba a una esperanza: si Amelia había comprado su libertad tan pronto, delatándolo sin pretenderlo, era porque el mensaje había sido entregado. La rueda de su destino, del destino de todos los cristianos, con la ayuda de Dios y de los santos, comenzaba a girar: el papa de Roma, su amigo Fulrad de Alsacia y todos sus hermanos benedictinos que, como él, creían en la salvación se sentirían satisfechos. Había cumplido su misión: Hispania acababa de ser puesta sobre aviso.

—La carta que tanto os preocupa, gran valí, fue escrita por Juan de Damasco, presbítero del monasterio palestino de San Saba, para los obispos de Hispania.

El nuevo gobernador de al-Ándalus puso los ojos en blanco, soltó un bufido exasperado y se llevó la mano a la daga que descansaba en su cintura.

—No juguéis con mi paciencia. —Abdul-Jattar mostró un dedo de la blanca hoja de acero—. Tengo traductores griegos más veloces que vuestras palabras.

El monje, empapando de sudor su negro hábito, no pudo evitar tragar saliva.

—Juan Damasceno se dirige a los obispos de Hispania porque sabe que, al igual que sucede en África y Siria, los cristianos de al-Ándalus comienzan a dudar de su fe... —explicó Jorge, lentamente—. Y terminan apostatando y convirtiéndose al islam.

Abdul-Jattar soltó un fuerte resoplido y puso los brazos en jarras.

—Los guerreros del Profeta vencieron a los godos, dhimmí: vuestro falso profeta os ha abandonado, como a ellos. —El árabe alzó soberbiamente la barbilla—. Esta provincia es musulmana, y así lo seguirá siendo hasta que el Altísimo decida que el sueño ha terminado.

Jorge de Sutri sonrió, condescendiente. La hora de su martirio parecía aproximarse a medida que las negras pupilas de Abdul-Jattar lo atravesaban, y, sereno y complacido, aceptó su destino con la seguridad de haber hecho lo correcto.

—Más os vale ser más clemente con vuestros nuevos súbditos, gran valí de al-Ándalus. —Jorge de Sutri habló despacio—. Esta tierra que aún no habéis pisado todavía es cristiana.

—Alá todopoderoso ya nos entregó en su Libro la solución a ese problema: impuestos —contestó Abdul-Jattar, moviendo despectivamente la mano—. No habrá nuevos cristianos en al-Ándalus, y los viejos pagarán lo que les corresponde por persistir en su error.

La sonrisa se amplió en el rostro de Jorge de Sutri, decidido, en su desesperación, a llevar la contraria al gobernador.

—Hispania no es África, gran valí; ni siquiera se asemeja a Egipto, Siria o Mesopotamia, que vuestros ejércitos han conquistado. Y no tardaréis en comprobarlo...

Abdul-Jattar, hastiado ante las lecciones de quien debería mostrarse colaborativo y humillado, tomó de nuevo la carta sustraída al monje y la agitó ante él.

—¡Decidme qué cuenta esta carta, serpiente!

Jorge de Sutri inclinó sumisamente la cabeza.

—Ya os lo he dicho: son ánimos y palabras sabias...

Poseído por la ira, Abdul-Jattar lanzó un grito de rabia y desenfundó su daga a la velocidad del rayo. Una sombra se movió en la puerta de la cámara, lista a frenar a su señor; sin embargo, llegó demasiado tarde. El cuello acuchillado del monje Jorge de Sutri dejó escapar un chorro de líquido escarlata que salpicó tanto al valí como a la sombra que había tratado de impedir el asesinato.

El cristiano se llevó las manos a la herida, impávido, sin mostrar gesto de dolor alguno más que sus dedos crispados en torno a un cuello rojo brillante, mientras el hábito negro se empapaba con el calor de su propio líquido vital. Una sonrisa decoraba su rostro, y Abdul-Jattar comprendió que aquel suicida no pretendía otra cosa que morir por una causa que se escapaba junto con su alma.

—Mi muerte no evitará lo que ya está aconteciendo —dijo Jorge, entre gorgoteos moribundos—. *Gratam Hispaniam, equitem nigrum...*

La última respiración del monje sonó fuerte y lúgubre en la cámara de popa antes de dejar paso al silencio de la muerte. Nada se movió durante unos instantes, y lo único que se escuchaba era el monótono chocar de las olas contra las maderas de la galera.

La sombra oculta que había tratado de frenar la mano del valí se acercó a la luz de las velas, y el rostro de Tawaba ibn Salama, cadí de Mawrur y líder de los kalbíos asentados en al-Ándalus, apareció bajo la flameante candela. A su lado, otro guerrero árabe, más alto y de barbas más largas, asentía mientras parecía disfrutar en silencio al ver la sangre brotar del cadáver del monje. Su nombre era Al-Sumayl, valí de Turtusha, principal líder de los árabes qaysíes y señor de las tierras al norte de las bocas del Wadi Ibruh a las que los cristianos llamaban Septimania. Ambos habían sido convocados por Abdul-Jattar en Car-

tagena, pero ninguno sospechaba que iba a presenciar el asesinato de un cristiano. El nuevo gobernador llegaba a al-Ándalus con la cólera sin domar: y eso, en la provincia más inestable del califato, era algo altamente arriesgado.

Tawaba ibn Salama meditaba en torno al cadáver de Jorge de Sutri, sin poder compartir la satisfacción de Al-Sumayl. En sus pensamientos reinaban el rencor y la desconfianza hacia su nuevo señor, Abdul-Jattar: Tawaba había sido, hasta la llegada del hombre cuya daga aún goteaba sangre sobre las maderas del barco, valí de Qurtuba y líder de los kalbís de al-Ándalus. Por alguna razón, dedujo Tawaba, en Damasco no debían de encontrarse a gusto con su mando... Ahora, un aristócrata y hombre de confianza del califa, educado entre los salones de Damasco, tomaba el poder en una península donde imperaban la sangre y el barro. Y lo hacía matando a un cristiano ante sus subordinados más importantes.

—Debemos deshacernos del cuerpo, gran valí. —Tawaba iban Salama alzó las cejas, resignado, mientras señalaba al cadáver del monje—. Los dhimmíes se rebelarán al enterarse.

—Arrojadlo al mar —ordenó Abdul-Jattar entre dientes.

Al-Sumayl de Turtusha se acercó lentamente al cadáver, esquivando el charco de sangre alrededor del cuerpo de Jorge de Sutri, y se agachó junto al pálido rostro del tonsurado. Tawaba ibn Salama, mientras tanto, continuaba masticando su rencor hacia el califa de Damasco... ¿Por qué un sanguinario cortesano como Abdul-Jattar podía gobernar mejor al-Ándalus que él, veterano en la Península y conocedor de los intrincados caminos que tomaban sus díscolas gentes?

—Este hombre era extranjero, *sidi*: no existen en al-Ándalus monjes de hábito negro —explicó Al Sumayl de Turtusha, quien no conocía los hábitos de vestimenta de sus nuevos súbditos.

Tras alzar exageradamente las cejas, Abdul-Jattar volvió a depositar la mirada en los ojos vacíos del cadáver.

—Fuese de donde fuese, resultaba un sujeto peligroso... —El valí bajó la voz, adoptando un tono confidencial—. Mis órdenes son claras: los dhimmíes de al-Ándalus no pueden volver a rebelarse. Y este monje...

Tawaba ibn Salama no pudo contenerse más, y salió de su silencio para interrumpir a su señor. Abdul-Jattar acababa de demostrar que Damasco ignoraba los verdaderos problemas de la más alejada de sus provincias, el último y olvidado rincón del califato de los Omeyas.

—No son los dhimmíes, gran valí, quienes deben preocuparos. Hay inmensos problemas entre los musulmanes de al-Ándalus. —Al-Sumayl lanzó una tímida mirada de advertencia a Tawaba, pero el kalbí

ya había dado rienda suelta a los caballos—. Los bereberes de Yaiyyán siguen en abierta rebeldía: ignoran los acuerdos, violan los pactos y no envían los tributos, ni los suyos ni los que deben recaudar a los dhimmíes, sino que se los guardan para ellos.

El nuevo gobernador de al-Ándalus dejó escapar un gruñido por sus narices, y su entrecejo pareció a punto de saltar para clavarse en la frente de Tawaba ibn Salama.

—Corréis demasiado, señor de Mawrur... —comenzó Abdul-Jattar, arrastrando las palabras—. Dos fueron las órdenes que el gran califa me entregó antes de partir de Tiro. Una ya la he expresado: contener cualquier rebelión de los dhimmíes. Y la segunda... —el nuevo valí se acercó un paso a Tawaba ibn Salama y le sostuvo duramente la mirada— es terminar, de una vez por todas, con cualquier rebelde bereber que se niegue a acatar las órdenes del príncipe de los creyentes, sucesor del Profeta... ¡Que Alá lo alumbre por siempre!

—*¡Bismillab!* —exclamaron protocolariamente Al-Sumayl y Tawaba.

—Y así lo haré, con vuestra ayuda, y la de nuestros pueblos: kalbíes y qaysíes, sirios y yemeníes combatiremos escudo con escudo como lo que somos: hermanos de fe. —Abdul-Jattar alzó la barbilla, poniéndose frente a los guerreros—. ¿Estáis preparados, vos y vuestros hombres, para emprender la gran campaña que acabará con los bereberes?

Tawaba ibn Salama y Al-Sumayl de Turtusha, guardándose para sí todas sus objeciones, se cuadraron ante su nuevo valí. Sería complicado convencer a qaysíes y kalbíes, enemistados desde los tiempos en los que ambos combatían por los oasis de Arabia, de tratarse como hermanos. Los qaysíes, pueblo beduino apegado a la arena y las caravanas, no habían soportado con buen pulso el gobierno de sus vecinos del sur, los kalbíes del Yemen y las ciudades de Arabia. Solo los grandes califas que siguieron al Profeta consiguieron aplacar el rencor entre ambos pueblos, y Abdul-Jattar no parecía ser uno de ellos.

—Antes de someter a los bereberes de al-Ándalus, debo culminar un último encargo personal del califa. —Los ojos de Abdul-Jattar se detuvieron en Al-Sumayl—. Os acompañaré de regreso al norte, cadí de Turtusha, pues deseo entrevistarme con los Banu Qasi de Medina Tutila, guardianes de nuestra marca superior: los Omeyas desean recompensar al cadí Qasi por su larga fidelidad al califa.

Al-Sumayl de Turtusha bajó la mirada, y los paños que cubrían su cuerpo se agitaron al inclinar el cuello. La vestimenta del qaysí, sobriamente ataviado con una túnica parda de cuyo cinto pendía la funda sin adornar de una daga, contrastaba con los lujosos y coloridos ropajes que portaba Abdul-Jattar.

—El cadí Qasi, a quien los dhimmíes llaman «conde Casio» en su vulgar lengua latina, murió hace escasas semanas, gran valí —anunció Tawaba ibn Salama con voz grave—. Lo sucede su hijo Fortún, de quien se dice que es buen creyente.

Pillado por sorpresa, Abdul-Jattar torció la cabeza y escondió los labios, apenado ante tal noticia. Había conocido al difunto conde godo en Damasco, donde Casio había jurado lealtad a los Omeyas hacía más de veinte años. Su marcha dejaría un enorme hueco de lealtad en aquella península con forma de puchero donde se guisaban tantas insanas rivalidades.

—Confíemos en que Fortún se muestre tan leal como lo fue su padre mientras nosotros acabamos con los rebeldes —apuntó Abdul-Jattar, volviéndose hacia los cadíes—. Antes de partir hacia Saraqusta, cuando los sabios anuncien buen tiempo, caeremos sobre los bereberes de Yaíyyán. —Al Sumayl asintió gravemente, mientras Abdul-Jattar permanecía en silencio—. Espero que vuestros beduinos, cadí de Turtusha, muestren la lealtad que el califa de Damasco espera de ellos.

Tawaba Ben Salama se mordió los labios al escuchar el ligerísimo halo de desprecio con el que Abdul-Jattar había pronunciado la palabra «beduinos». Era ese tono que empleaban los hijos de buena sangre y mejor cuna propio de la aristocracia kalbí presente en la corte de Damasco; una clase privilegiada que aborrecía, desde su nacimiento, todo cuanto tuviera que ver con el desierto, los camellos, las cabras y la pobreza que durante milenios acompañó a los pueblos de Arabia, y, especialmente, a los qaysíes del desierto.

—Mis hombres demostrarán su valía, como tantas veces han hecho, ya sea contra godos, *frany* o rebeldes bereberes —contestó Al-Sumayl sin alzar la mirada del suelo, aunque Tawaba ibn Salama pudo observar cómo apretaba los puños—. Y esperamos compartir el botín con los kalbíes en igualdad de condiciones, como siempre.

—No debéis temer por ello —concluyó Abdul-Jattar, permitiéndose una sonrisa que no pudo ocultar un sabor a advertencia en sus palabras.

Al-Sumayl, sin embargo, no parecía en absoluto relajado. Tal y como había sospechado durante todo el camino desde Turtusha, el nuevo gobernador de al-Ándalus resultaba ser un aristócrata ignorante y un creído cortesano que desconocía por completo la forma de hacerse respetar por sus subordinados. Su forma de pronunciar «beduinos» le provocaba ganas de agarrarlo por el pescuezo.

—El dhimmí llevaba razón en una cosa, valí. —Al-Sumayl señaló el cadáver del cristiano con gesto asqueado—. Los infieles seguidores del Nazareno siguen siendo mayoría entre vuestros súbditos. Son peligrosos, *sidi*, y están arruinados. Nuestros tributos y las sequías...

—¡No me importan en absoluto los problemas de los dhimmíes! —contestó Abdul-Jattar, apretando los puños—. He traído conmigo suficientes guerreros como para someter dos veces esta provincia. ¡Los mejores jóvenes de Siria acabarán con cualquier síntoma de rebelión, al igual que harán con los bereberes!

Junto a un callado Al-Sumayl, Tawaba ibn Salama negó con la cabeza, calibrando cómo podría ilustrar al recién llegado gobernador sobre la compleja realidad de la península ibérica.

—Los obispos de las ciudades aún son influyentes, gran valí; no caigáis en el error de ofenderlos. —El kalbí señaló el cuerpo desangrado de Jorge de Sutri—. Traidores como él podrían instigar a la revuelta, o, incluso, pedir ayuda a los *frany*...

Tawaba ibn Salama esperaba que la mención a los francos, los mayores enemigos de al-Ándalus, despertase la preocupación de Abdul-Jattar, pero el gobernador Omeya no parecía comprender que los cristianos peninsulares pudiesen ser verdaderamente peligrosos. El cadáver de Jorge de Sutri, sobre el que comenzaban a aparecer insectos, era buena prueba de ello.

—No temáis, mi buen lugarteniente: el califa de Damasco sabe que la única solución para afrontar la convivencia entre infieles y musulmanes es imponer la *dhimma* a las gentes del Libro. —Abdul-Jattar alzó las comisuras de los labios, tratando de mostrarse tranquilizador—. Así conquistan los Omeyas, elegidos de Alá: cobrando tributos, y limpiando los caminos de malhechores, bandidos y alimañas. Y nada me indica que Ispanya vaya a ser diferente...

Los puños de Al-Sumayl de Turtusha se abrieron súbitamente, y habló sin perder de vista el cadáver de Jorge de Sutri.

—Hay algo en esta tierra, gran valí, un aroma en su aire, que induce a los hispanos a la pronta ebullición de sus orgullos e iras —comenzó el líder de los qaysíes, arrastrando las palabras—. Los dhimmíes de al-Ándalus encontrarán un motivo para rebelarse, y tolerarlos solo postergará el problema. A no ser que obedezcamos a nuestro sagrado Corán.

Sonó un golpe brusco, y la mesa que presidía la cámara se agitó bajo la ira de Abdul-Jattar. El nuevo gobernador de Qurtuba conocía muy bien las palabras que invocaba Al-Sumayl después de repetir las durante toda su adolescencia en la madrasa.

—¡No llamaré a la yihad en al-Ándalus, Al-Sumayl de Turtusha!

—Lo dice el Corán, gran valí —interpuso el qaysí, airado—. «No tomen a los judíos ni a los cristianos por aliados, porque ellos son aliados entre sí. Quien les dé lealtad se convierte en uno de ellos. Dios no guía a un pueblo opresor».

Las sagradas palabras de Mahoma no despertaron la reacción del nuevo gobernador.

—¿Acaso los Omeyas no han cumplido con lo que escribió el Profeta, pariente de nuestros señores, llevando su fe hasta el fin del mundo? —bramó Abdul-Jattar, con los ojos enrojecidos por la ira—. ¡Cuidad vuestra lengua, Al-Sumayl de Turtusha! Los califas no han tomado Ifriqya e Ispanya actuando como pusilánimes: sé muy bien cómo tratar a los dhimmíes.

Al-Sumayl señaló acusadoramente el cadáver de Jorge de Sutri. Airado y dolido en su orgullo, Abdul-Jattar se separó del qaysí y farfulló de lado a lado como un perro colérico: cristianos y musulmanes comenzaban a causarle problemas antes incluso de poner pie en la Península.

—¿Acaso tengo excusa para castigarlos? —preguntó el nuevo valí, apoyando su frente en los largos dedos de su mano—. ¿Hay algún godo rebelde, o un bandido demasiado escurridizo que porte la cruz del falso profeta, amenazando la paz de al-Ándalus?

Por primera vez aquella noche, Al-Sumayl de Turtusha desconocía la respuesta que demandaba Abdul-Jattar. Lo único que poseía era una información débil y sesgada, una noticia escuchada en un *hammam* de Saraqusta, entre carcajadas ebrias y confidencias cortesanas.

—Dicen que aún hay godos escondidos en las montañas de Yilliqiya, tras la frontera del Wadi Ibruh, que custodian los Banu Qasi de Medina Tutila.

Abdul-Jattar negó con la cabeza y alzó la palma de la mano.

—¿Quién lo dice, lenguas fiables? Pensad antes de hablar, cadí: no comenzaré un conflicto por cuatro asnos cristianos escondidos entre cumbres estériles. —El valí de al-Ándalus se envolvió en su manto de piel de gacela, golpeado por un súbito frío solo de pensar en nieve, y asqueado por el blanquecino tono del cadáver de Jorge de Sutri—. La carta que portaba el monje no se encontraba dirigida a unos bandidos, sino a los obispos. Enviaré espías a Màrida, Tulaytula, Qurtuba y Saraqusta: es en las ciudades, nido de dhimmíes, donde la chispa que este traidor pretendía prender puede arder en cualquier momento.

Tawaba Ben Salama asintió marcialmente mientras Al-Sumayl hacía lo mismo envuelto en un silencio expectante. En aquel punto, ambos pensaban que Abdul-Jattar llevaba toda la razón: de existir godos escondidos tras las montañas, estos debían de ser pobres hasta el tuétano, acurrucados en su ignorante barbarie. Jamás descenderían de sus inalcanzables atalayas: al-Ándalus tenía mayores amenazas a las que enfrentarse.

—Ahora, hermanos, convocad a los heraldos: partimos a la guerra —anunció Abdul-Jattar, tras lanzar una última mirada al cadáver de Jorge de Sutri—. La voluntad de Alá y del califa pronto se verá cumplida.

2 DE JUNIO

CANGAS, MONTES VINDIOS

Llovía a mares sobre la iglesia de la Santa Cruz de Cangas, lo que provocaba que los orantes apenas pudiesen escuchar el rezo entonado por el abad Asterio de Saldania de espaldas a la piedra del altar. Eran pocos los fieles con los dedos entrelazados y las rodillas apoyadas en el suelo, en un acto que a tantos había unido y separado bajo las vigas de aquel templo cuya construcción desencadenó un asesinato: el de Favila, último rey de Cangas, hijo de Pelayo y hermano de Ermesinda, la misma que, con fervor, entonaba sus rezos con los ojos cerrados.

—Dame fuerzas, san Martín, para hacer a mi pueblo digno de tu amor —pedía la hija de Pelayo a su santo predilecto—. Protege a mi esposo, Alfonso, y a mi hijo Oso, perdidos en las montañas. Son cristianos, solo que ellos aún lo desconocen: perdónalos en su ignorancia y enséñales el camino...

Un chirrido agudo tapó los rezos de la dama, y el bramar del viento se coló de pronto en la iglesia. De pie ante el altar, el monje Bermundo, joven sobrino de Ermesinda, dejó caer la biblia que sostenía junto al abad Asterio, y los faldones de su hábito ondearon por la súbita entrada de la brisa de las montañas.

Bajo el dintel de la puerta aparecieron cuatro hombres cubiertos por pieles de lobo, apoyados en largas varas de avellano y calzados con los característicos zuecos de madera que utilizan los montañeses de los Vindios para caminar sobre sus siempre húmedos dominios. Eran pastores: el grueso mastín que los acompañaba tenía el vello erizado, y las manos que sostenían la correa eran callosas como solo pueden serlo aquellas que conocen la rudeza de la vida trashumante. Las miradas desconfiadas que dirigieron al abad Asterio y a la cruz de madera que presidía el interior de la iglesia hicieron saber a Ermesinda que los visitantes no eran del todo cristianos.

Los rezos de la dama cobraron fuerza mientras el más alto entre los pastores se introducía en el lugar donde los godos de Cangas celebraban misa. Temerosa, Ermesinda deseó tener un arma para defenderse, como no pudo hacer su hermano Favila, de la ira de los paganos. Pero los pastores no habían caminado hasta Cangas para perpetrar ningún asesinato.

—Venimos del sur y traemos noticias: en tierras de los infieles se ha declarado la guerra —anunció el pastor, mirando directamente a la

hija de Pelayo—. Todos los *mauri* se han marchado: no hay nadie vigilando los caminos y ciudades de la llanura... —El tono del montañés se volvió seguro al decir—: Venimos caminando junto a nuestros rebaños desde las vegas del río Carrión: juramos que cuanto contamos es cierto.

La dama Ermesinda se irguió en silencio y avanzó hacia los pastores. También el abad Asterio descendió del altar al tiempo que entregaba el libro de salmos al joven Bermundo sin poder ocultar un semblante sombrío.

—Nuestros jefes desean partir a la guerra, ahora que las tierras del Dorius están indefensas. —El paso de la dama Ermesinda se interrumpió ante la grave voz del pastor—. Pero no lo harán si los godos de Cangas, de quienes sois señora, permanecen en los valles, a la puerta de nuestras casas.

La amenaza sobrevoló los bancos de la iglesia, y Ermesinda, muda al verse en semejante tesitura, se quedó paralizada bajo las miradas de quienes asistían a la misa.

—Escucha bien la respuesta que debes llevar a tus jefes, montañés... —La envejecida voz del abad Asterio resonó a sus espaldas—. El pueblo godo se niega a acompañaros al saqueo de ciudades y diócesis cristianas, por mucho que hayan pactado la paz con los infieles. Nacimos en la meseta, pero juramos que jamás regresaríamos. Y vuestros jefes, si son prudentes, deberían hacer lo mismo. ¿Acaso el obispo Fidel de Pallantia carece de hombres que defiendan sus tierras?

El montañés miró sobre su hombro, y uno de los pastores, aquel que sostenía al enorme perro mastín, se acercó al abad Asterio con el puño diestro cerrado.

—«*El obispo de Pallantia ha sido destituido, y su diócesis, eliminada*» —enunció el pastor, mostrando a Asterio el puño—. El obispo Fidel salió al encuentro de nuestros rebaños, junto al Carrión, y nos entregó esto para que vos nunca dudaseis del mensaje que acabo de mostraros.

El puño del montañés se abrió lentamente, y sobre la palma callosa de su mano apareció un anillo de plata con un gran sello que en su día debió de estar rodeado por gemas arrancadas.

El rostro ajado de Asterio se tornó repentinamente preocupado, serio como pocos lo habían visto desde que se escondieron tras las montañas.

—Es el anillo episcopal de Fidel... —dejó escapar el religioso con un suspiro, mientras tomaba la joya entre sus dedos—. El Señor lo ha castigado por sus pactos con los infieles, y su colaboración cobrando la *dhimma* de los cristianos para después entregarla a los *mauri*... No me apena la suerte de ese perro, mas sí lo hace la caída de una diócesis.

Se oyeron murmullos de conformidad entre los fieles que atendían a la escena, hasta entonces silenciosos entre las columnas de la iglesia. El obispo Fidel de Pallantia, antaño su guía y pastor junto con Asterio de Saldania, era quien primero había pactado con los invasores musulmanes, y la causa de que muchos godos se escondiesen tras las montañas. Nadie lo recordaba con cariño entre las calles embarradas de Cangas.

—Hay algo más... —El pastor buscó en el pequeño zurrón de piel que colgaba de su hombro, y sacó un rollo de pergamino muy arrugado—. El obispo Fidel insistió en que debía entregaros esto.

Intrigado, Asterio de Saldania tomó el rollo, y lo guardó bajo su hábito, decidido a leerlo en un momento más adecuado. Sin embargo, cuando sus ojos volvieron sobre los pastores, decidido a agradecerles su labor como mensajeros, el anciano se percató de que estos ya no le prestaban atención: los rostros de los montañeses giraban continuamente hacia la cruz que reposaba sobre el dolmen que sus antepasados tanto habían venerado, ahora encerrado entre los muros de aquella iglesia.

—Marchad, pues vuestro mensaje ya ha sido entregado —ordenó Asterio al apreciar cómo los puños de los pastores se crispaban—. Dadnos tiempo para meditar una respuesta: nuestro Dios, el único y verdadero, será quien deberá aconsejarnos.

La dama Ermesinda solo acertó a respirar cuando la puerta volvió a cerrarse y el viento se llevó el miedo que portaban consigo los montañeses. Dos mundos aparentemente irreconciliables acababan de chocar de nuevo ante el dolmen coronado por la cruz.

—Los montañeses no saben a quién se enfrentan. —Asterio fue el único capaz de pronunciar palabra ante el silencio reinante en la iglesia—. Aunque el obispo Fidel ya no posea autoridad y los bereberes hayan partido hacia la guerra contra los árabes de Corduba, las tierras de Pallantia pertenecen a los Omeyas de al-Ándalus. Insisto, dama Ermesinda: es insensato cruzar los montes, o acabaremos atrayendo a la serpiente a nuestro escondite.

La hija de Pelayo cerró lentamente sus grandes ojos dorados, y las arrugas propias de una madre veterana sacudieron las comisuras de sus labios. Ermesinda deseó tener a su lado al padre que tanta fama consiguió derrotando a los mismos enemigos que ella había heredado. Pelayo, sin embargo, no podía ayudarla, y tampoco a los cristianos.

Mientras Ermesinda meditaba, surgió de entre los bancos de la iglesia la silueta de un hombre alto y de andares desgarbados envuelto en una túnica talar con ribetes dorados. La prenda se encontraba ajada y deshilachada en codos y talones, heredada por quien un día perteneció a un linaje de gardingos.

—El padre Asterio habla seducido por la prudencia, *domina*... —El hombre que se aproximaba a Ermesinda era un godo de nombre Wamba, hijo de Agila, guardia del *dux* Pedro, el derrotado señor de Amaia—. Sin embargo, la oferta de los montañeses es tentadora: a pesar de las victorias de vuestro padre, Pelayo, en el pasado, los godos aún no hemos obtenido la venganza por nuestra derrota.

Se escucharon murmullos de aprobación entre los cristianos presentes en la iglesia, todos ellos pertenecientes a la segunda generación de godos que debió huir de la meseta para escapar del gobierno musulmán. Semejante apoyo a Wamba despertó en el monje Asterio una mirada de incredulidad.

—Aun armando a nuestros niños, somos demasiado pocos si el valí de Corduba decide castigarnos por nuestra osadía. —El huido abad de Saldania dirigió una dura mirada a Wamba antes de girarse hacia la señora de Cangas—. No os engañéis, dama Ermesinda: nuestra mejor defensa no son solo las montañas, sino el desconocimiento de nuestra existencia.

La hija de Pelayo lanzó una dura mirada a Asterio que resumió cuanto sentía cuando los hombres se atrevían a darle lecciones apelando a su carácter soñador. Ella, al contrario que muchos, creía que las cosas aún podían cambiarse: había mundo más allá de Cangas, de las madrigueras de los tejones, de jugar al escondite.

—Como bien decís, padre Asterio, es peligroso dejar libre a alguien que sabe de nuestra existencia. Y mayor razón si se trata del mismo traidor que condujo a los infieles hasta Lebana para llevarse preso a mi padre. —Los ojos de Ermesinda volaron hacia la mano del anciano Asterio, donde descansaba el anillo de Fidel de Pallantia.

Wamba asintió lentamente, sin respuesta ante aquello, deseando que Dios iluminase a su señora hacia las sendas que conducían más allá de los montes.

—Tomemos Pallantia ahora que está indefensa, y asegurémonos de que el obispo Fidel no vuelve a traicionar a los cristianos —propuso Ermesinda con ojos brillantes—. Es la única manera, todos lo sabemos, de defendernos.

Una mano huesuda se aferró a la muñeca de Ermesinda, y la dama se sintió muy cerca de la amarillenta dentadura del abad Asterio de Saldania.

—¿Y quién comandará a los guerreros? ¿Vos, insensata? —El seco susurro del eclesiástico fue bien audible en la iglesia—. Os recuerdo que vuestro esposo, Alfonso, se encuentra en las montañas, así como vuestro hijo mayor, Fruela. Primero, hija mía, poned orden en vuestra propia casa, y, después, atreveos a proponer una guerra.

Para sorpresa de Ermesinda, fue Wamba quien se interpuso entre la dama y el sacerdote. El godo alzó el brazo, y con su gesto provocó que Asterio soltase la muñeca de la hija de Pelayo.

—Yo mismo convenceré a Alfonso para ser nuestro caudillo: sin él, amado y respetado entre los montañeses, no habrá victoria posible. —Tras estas palabras, Wamba se arrodilló ante Ermesinda, al igual que hicieron la decena de godos y sus esposas presentes en la iglesia—. Tenéis razón, *domina*: ha llegado el momento de salir de las montañas. No hace falta un ejército para hacer callar a Fidel de Pallantia: lo traeremos a Cangas envuelto en cadenas.

La cruz de madera que se apoyaba sobre el dolmen que hacía de altar de la iglesia de la Santa Cruz tembló ligeramente, a causa quizás del viento que se colaba por la puerta, entre los montañeses. Después de un eterno tambaleo, el símbolo del martirio quedó erguido sobre las piedras cubiertas de musgo, inamovible. Ninguno entre los presentes dijo nada ante aquello: cuando la divinidad habla, pocas personas encuentran las palabras.

Y Ermesinda, la hija de Pelayo, era una de ellas.

—Hablemos antes con Fruela de Cantabria, hermano de Alfonso —ordenó Ermesinda, posando un brazo sobre Wamba—. Si el *senior* de los godos de Cantabria nos apoya en nuestra empresa, mi marido cabalgará a su lado.

Decidida a reunirse cuanto antes con el viejo Fruela, la señora de los godos refugiados en Cangas abandonó la iglesia y se lanzó hacia el diluvio. Por fin, un gesto, una señal de Dios, que apoyase lo que durante largas noches en vela había pensado: los tiempos estaban cambiando.

MEDIANOCHE DEL 2 DE JUNIO

LAGO ENOL, MONTES VINDIOS

La música de las flautas llegó clara y tibia, llenando los oídos del jinete de melodías antiguas que solo podían escucharse entre las montañas. Las manos del viajero, recias y callosas tras toda una vida sosteniendo riendas, lanzas, espadas y llantos, mesaron una barba crecida y cobriza como el fuego que guiaba sus pasos. Un lobo volvió a aullar cerca, y esta vez las sombras danzantes lo imitaron, elevando sus gargantas hacia la luna. Un nuevo relincho del caballo no detuvo los gritos, los saltos, los brazos ondulantes ante las llamas ni el girar de los collares formados con garras de oso pardo. Las flautas sonaron más altas, e incluso la luna pareció arrancar a bailar al ritmo de los tambores que

invocaban a un dios desaparecido hacía tiempo de los rezos de las gentes del llano, pero que allí, junto a los lagos, aún era recordado por quienes todavía creían en la fuerza de los ríos, y de las montañas.

El jinete bajó del caballo con la capucha calada para no despertar sospechas entre quienes bailaban en torno al fuego. Sus pequeños ojos pardos buscaron entre los presentes el rostro por el que había ascendido hacia las alturas, junto al lago sagrado. Solo distinguió rostros anónimos y extasiados guiados por el canto gutural de un anciano vestido de blanco, tocado con una corona de tejo y muérdago. La mano del anciano sostenía una llama sin que su rostro mostrase dolor o miedo, hasta que el fuego se apagó entre sus dedos sin dejar rastro alguno. En la arrugada palma donde había ardido el fuego brotaron unas setas minúsculas, del tamaño de un anzuelo, que fueron ofrecidas a los danzantes, que veían en aquel fuego el último vestigio de una primavera demasiado corta.

Tomando de la brida a su caballo, el jinete apartó la vista de aquel ritual pagano, y su mano diestra buscó la cruz de madera que pendía de su pecho. Despacio, rodeó las espaldas de los danzantes analizando sus rostros; muchos únicamente miraban a la hoguera, perdidos los ojos en los lametazos del fuego, devorando los hongos con ansiosa fruición. Ninguno observó cómo, de pronto, el recién llegado aceleraba el paso, salpicando fango, hasta detenerse tras el hombre más alto de cuantos miraban embelesados a las llamas. Sus brazaletes lo delataban como guerrero, y lucía una diadema negra que sujetaba sus cabellos entrecanos como símbolo de una veteranía acumulada a base de inviernos entre los collados: los montañeses no dejaban lucir sus cintas a cualquiera.

—Os he visto venir, Wamba —dijo el guerrero, sin apartar los ojos de una hoguera que acrecentaba sus rasgos afilados—. Nunca esperé encontraros junto al lago sagrado.

El godo agachó la cerviz.

—Tengo motivos para creer que sería bienvenido, Alfonso de Cantabria. —Wamba cerró los párpados—. Traigo noticias de Cangas, y de las tierras tras los montes.

Las flautas volvieron a zumbar a su alrededor, y los cuerpos de los más jóvenes, poseídos por el éxtasis, comenzaron a contornearse y bailar con pasos suaves.

—Los cristianos tienen miedo, *senior*.

Alfonso volvió el rostro y alzó las cejas, burlón ante el tono temeroso de Wamba.

—Los únicos enemigos que poseen mis parientes son ellos mismos. —El godo esbozó una triste sonrisa—. Bien lo sabe mi esposa, Ermesinda.

Wamba no se dejó doblegar por el rencoroso tono de Alfonso.

—Olvidad vuestro rencor hacia los godos, Alfonso. —La interesada mirada del marido de Ermesinda hizo comprender a Wamba que había dado en el clavo—. Un nuevo gobernador ha llegado a al-Ándalus, y ha traído consigo miles de jinetes procedentes del confín del mundo para derrotar a los *mauri*. —El rostro del guerrero no mudó un ápice su expresión mientras seguía observando las llamas—. Ermesinda teme que, cualquier día de estos, los infieles crucen los montes de nuevo, como en tiempos de vuestro suegro Pelayo.

La danza de los guerreros derivó en frenesí ante los ojos de Alfonso, lo que dejó sin respuesta las palabras de Wamba. Algunos danzantes cogieron grandes tambores de cuero que golpearon con todas sus fuerzas, siguiendo el ritmo de los bailarines. Uno de los guerreros, un hombre enorme en cuyo rostro se adivinaban la juventud y la energía de los veinteañeros, comenzó a saltar en torno a las brasas, sacando la lengua, creando una corona con sus cabellos rubios. «¡Oso! ¡Oso! ¡Oso!», gritaron los danzantes, enseñando sus palmas perladas de arcilla a la luna llena.

—Partí de Cangas por una razón que no he olvidado. —El caudillo señaló con un dedo al joven de melena rubia—. Ese joven es Fruela, mi primogénito. Abajo, junto al Sella, dormiría con un puñal junto a su estera, temeroso de cualquier enemigo. En cambio, en los Vindios todos alaban su nombre, porque saben que no existe guerrero más valiente, sin importar el dios al que adore.

Comprendiendo que la pieza se le escapaba, Wamba decidió lanzar la última flecha que guardaba en su carcaj. Era una mentira que bien valdría la supervivencia de Cangas, y él se encontraba dispuesto a jugarse aquella carta.

—Ermesinda no fue la única que me convenció para buscaros. —El godo se atrevió a mirar sin pestañear al montañés—. El abad Asterio de Saldania os suplica, ruega humillado, que acudáis a la llamada de los cristianos: hacedlo por vuestra salvación.

Una mueca escéptica se dibujó bajo la barba de Alfonso.

—¿El mismo monje que me acusó de abandonar a Cristo y participar en rituales paganos?

La pregunta quedó en el aire, interrumpida por un rugido bestial. Fruela, hijo de Alfonso, bramaba como un oso, enseñando unos dientes sucios por los restos de los hongos mascarados, mientras era aclamado por los presentes. Presa de un extraño éxtasis, el joven guerrero corrió hacia la hoguera, caminando sobre los tizones, indemne al fuego. Al llegar al otro lado aulló a la luna, acompañado por los desahorados montañeses y sumiendo en clamores agudos a las mujeres.

Tanto ellas como ellos se lanzaron sobre su cuerpo para poseerlo, entremezclándose unos y otros en un mosaico de jadeos, labios húmedos y troncos sudorosos.

Como si la escena lo hubiese dicho todo, Wamba miró con ojos acusadores a Alfonso de Cantabria, el mismo que se jactaba de no participar en semejantes ritos.

—Recordad de quién sois hijo, *senior*. —Wamba decidió apelar al orgullo del goda—. Ayudadnos, poned paz en Cangas como hiciese vuestro suegro Pelayo y defended a los godos de los caldeos. Ya lo hicisteis una vez, junto a vuestro padre, Pedro.

La barbilla de Alfonso trazó líneas horizontales en el aire.

—Abandoné el valle escapando de ese destino, Wamba. —El rostro del goda ardía ante las llamas—. ¿Acaso no fueron muertos todos cuantos se atrevieron a guiar a los cristianos tras la muerte de Pelayo? Su primogénito, mi admirado cuñado Favila, fue asesinado; y todos en Cangas saben que ese oso solo terminó el trabajo.

Wamba torció el gesto y permaneció en silencio, sabedor de que aquel era un golpe bajo. La hoguera iluminaba los contoneantes cuerpos de los danzantes, envueltos ahora en el baile de la vida, gimiendo y llorando de placer bajo una luna que sonreía.

—Habéis escuchado lo que piden Asterio, vuestra esposa y vuestro hermano —dijo Wamba, mirándolo seriamente—. Ahora escuchad lo que yo, Wamba, nieto de gardingo, debo deciros... —Los ojos de Alfonso se agrandaron—. No os arrastraré hasta Cangas, ni os obligaré a ocupar un mando que no deseáis: solo preciso de vuestras ansias de riqueza y gloria, y de los brazos de quienes os seguirían hasta la muerte.

Wamba miró rápidamente hacia los gimientes danzantes, entreviendo la larga cabellera rubia de Oso, el hijo de Alfonso, rodeado por hombres y mujeres que gozaban de los placeres de su enorme cuerpo.

—Venid conmigo a la tierra que baña el Dorius, y traed con vos a los montañeses de los Vindios —soltó el goda, y Alfonso creyó escuchar un timbre metálico, lejano, en la voz del cristiano—. ¿Recordáis aún el brillo de las iglesias de Pallantia y los silos rebosantes de las aldeas del Cerrato? ¡Ahora pueden ser nuestras, Alfonso, y la venganza quedará consumada! —Wamba alzó la mano señalando el horizonte—. No tenemos por qué contentarnos con Pallantia, hogar del miserable obispo Fidel... ¡Astórica, Legio e incluso la lejana ciudad de Lucus se encuentran al alcance de nuestra mano!

El sentido alegato de Wamba fue interrumpido por unos pasos: el anciano de largo cayado que presidía el ritual pagano caminaba hacia los godos iluminado por las llamas de la hoguera. Tras dedicar una hostil mirada a Wamba, el anciano sacó de un bolsillo su puño cerrado,

y depositó sobre la palma de la mano abierta de Alfonso unos hongos de diminuto sombrero, naranjas como las llamas que alumbraban la pasión del sexo.

—Dudo que los godos acepten de buen grado cabalgar junto a los montañeses —murmuró Alfonso, mirando fijamente las minúsculas setas—. Los *seniores* de Cangas y Cantabria desprecian a quienes creen que Cristo no es el único que vigila desde lo alto.

Wamba esbozó una sonrisa: era el momento de mostrar su mejor carta.

—Vuestro hermano Fruela ha jurado participar en la campaña si vos hacéis lo propio. —Los ojos de Alfonso adquirieron un brillo diferente al mentarse a su admirado hermano mayor—. Los godos tolerarán a los montañeses siempre que vos, hijo del *dux* Pedro, nos guieis a la guerra... —Las cejas de Wamba se alzaron amenazadoramente—. Aunque erréis en vuestro juicio al abrazar el panteísmo de los paganos.

Alfonso no pudo evitar admirar el valor del mensajero: incluso rodeado de su hijo y los demás guerreros, Wamba se atrevía a mostrarse inquisitivo. Sin embargo, el godó se equivocaba: Alfonso había visto cómo el miedo de los hombres al Dios cristiano atenazaba su esperanza, convirtiendo a los temerosos en cantos rodados y a los audaces, en fanáticos.

Y aquella, se dijo Alfonso, era la oportunidad perfecta para demostrarlo.

—Partiremos hacia el Dorius, *senior* Wamba. —Las aletas de su nariz se abrieron peligrosamente—. Una vez ante los muros de Pallantia, vos mismo podréis comprobar si los montañeses rezan a los dioses adecuados.

Sin esperar respuesta, Alfonso engulló las pequeñas setas que lo transportarían junto a los dioses de las montañas, alejándolo del Dios cristiano ante el que fue bautizado; el mismo que había abandonado a su padre, a su familia y a todos los cristianos de Hispania para ponerse del lado de los infieles, arrebatándose todo y desterrándolos tras las cumbres grises donde habían terminado olvidándolo, al igual que todos los habían olvidado a ellos.

# 1

*«Luego vi cuando el Cordero rompía el primero de los siete sellos, y oí que uno de aquellos cuatro seres vivientes decía con voz que parecía un trueno: “¡Ven!”. Miré, y vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba un arco en la mano. Se le dio una corona, y salió triunfante y para triunfar».*

*Juan, Apocalypsis, 6:1*

12 DE JUNIO SUB ERA 781 (743 D. C)

PALLANTIA, MARCA SUPERIOR DE AL-ÁNDALUS

El canto del gallo despertó a Fidel de Pallantia en pleno sueño profundo. Sobresaltado, el emérito prelado trató de despejarse dirigiéndose hacia el barril de agua que descansaba en un rincón de su habitación, borrando de sus ojos todo rastro de legañas. Después, conteniendo un bostezo, abrió su armario, y tomó por vestidura un sencillo camisón. Tenía poca ropa, pues había vendido la mayoría de sus prendas: prefería un jamón curado que un guante de piel de armiño.

La vega del Carrión agonizaba de hambre, y más se iba a pasar de continuar aquel calor. Pallantia era célebre por sus frías amanecidas y neblinosos mediodías. Sin embargo, hacía mucho tiempo que la ciudad no vivía las heladas que recordaban los ancianos. Tampoco la lluvia hacía acto de presencia. El propio obispo Fidel podía jurar que solo había visto llover durante treinta veces en su vida, y eso, para un hombre de casi cuarenta años, era muy poco. Nadie podría decir que no lo había intentado: Fidel ofició misas diarias, ayunó en las cuaresmas que cumplía a rajatabla, y no había fiesta santa que no se guardase de celebrar. A pesar de todo, el agua, sorda ante sus rezos, permanecía en las montañas, reticente a bajar al llano.

Despierta su mente tras la higiene, el obispo Fidel encaminó sus pasos hacia el ancho escritorio que presidía su aposento. Desde la ventana de este pudo ver los campos y corrales vacíos de animales que rodeaban la vega del Carrión. Los pastores de las montañas los habían abandonado hacía semanas, rumbo a los pastos altos, y él se

había despedido de ellos, deseándoles buena fortuna. Uno de ellos portaba consigo su anillo obispal, inútil desde hacía meses, y un rollo de pergamino escrito por su propia mano, una copia del mensaje que, entre plumas y tinteros, descansaba sobre su escritorio, bajo la ventana.

Dejando escapar un suspiro, Fidel de Pallantia, obispo depuesto de su cargo, reinició la lectura de un mensaje llegado desde el sur a lomos de caballo, causante recurrente de largos desvelos durante las tres últimas semanas.

*«Juan de Damasco, presbítero de San Saba y guardián del Santo Sepulcro de Jerusalén, a los obispos de Hispania:*

*Frías son las noches que os esperan bajo la luna, mas sabed que Cristo ha procurado vuestra salvación. Estudiad, hermanos hispanos, las palabras de Juan Evangelista: un mundo nuevo nacerá tras el Juicio Final. Tras el galope de los jinetes, buscad el mar de cristal, aferraos a los huesos de los santos y, junto a la blanca orilla, esperad la llegada del apóstol de Occidente: él salvará el reino de los cristianos».*

El obispo Fidel entornó los ojos y se mordió los labios, como cada vez que trataba de comprender el mensaje de Juan de Damasco, sabio entre los sabios. La hazaña que escondía aquella carta que había cruzado de este a oeste el Mediterráneo le causaba una admiración que rayaba el milagro: solo por intercesión de Dios podría haber logrado el mensaje abrirse paso entre los mares musulmanes y los castillos cristianos.

El relincho de un caballo hizo saltar de la silla al obispo, absorto como estaba en aquellas acusadoras palabras. *Será Munio cepillando a Ajax...*, se dijo Fidel, tratando de concentrarse en el pergamino. Las palabras de Juan Damasceno brillaban ante él con intensidad, sumergiéndolo en el mundo de las elucubraciones. La mención al Juicio Final lo condujo hacia un libro, el *Apocalypsis* de Juan, que el autor de la carta alentaba a estudiar.

Era de esperar que Juan de Damasco recurriese a dicha lectura, un escrito que guiaba a los cristianos desde que fue creado en un oscuro calabozo de Patmos. El *«mar de cristal»* era parte del trayecto hacia el Juicio Final, y era de recibo que Juan Damasceno exhortase a los hispanos a buscarlo. Más confusión le causaba la mención a los *«huesos santos»*. Las diócesis de la Península eran ricas en restos santos de mártires cristianos que se acumulaban en viejas catacumbas, o bajo los altares de las iglesias. Nadie les prestaba la mayor atención, y solo las tumbas de los grandes santos, como Eulalia de Emérita, despertaban actos de fe comparables a las peregrinaciones que se efectuaban hacia

Tierra Santa. ¿Y qué decir de la mención a un «apóstol de Occidente», tan misteriosa como errada para cualquiera que conociese las vidas de los discípulos? Un solo nombre, san Martín de Turones, acudía a la mente del antiguo obispo, sin arraigar por intuirlo errado...

Fidel de Pallantia volvió el rostro al escuchar un repiqueteo de pezuñas y ruidos animales procedente del exterior, e instintivamente volvió a enrollar el mensaje de Juan de Damasco. Los relinchos cada vez sonaban más próximos, y el religioso se asomó a la única ventana de la estancia y afinó el oído. El correr del río Carrión era solo un murmullo tenue que pronto fue silenciado por la inconfundible llamada de los cuernos.

Sorprendido y extrañado, el obispo Fidel se separó del alféizar y corrió de nuevo hacia el armario. Cogió su mitra y el báculo, y los lanzó sobre su jergón. Durante un segundo se quedó mirándolos, maldiciendo su impulsividad: él ya no era obispo, ni nada, ni nadie.

Melancólico como cada vez que recordaba su antiguo cargo, Fidel de Pallantia atravesó a la carrera los largos pasillos del palacio episcopal, encontrándolos más vacíos que nunca. Pequeñas hiedras y zarzamoras comenzaban a trepar por las paredes del patio, cubriendo columnas y capiteles con un manto verde que evidenciaba abandono. *Alguien debería haber podado: yo no puedo hacerlo todo*, pensó el obispo mientras ensillaba a Áyax, su blanco caballo zamorano. El animal relinchó, excitado por las prisas de su jinete, y Fidel le dio unas palmaditas en el cuello, tratando de insuflarse a sí mismo la calma que necesitaría en el exterior. Se oyó un chillido agudo, y dos enormes ratas salieron de entre las patas del caballo para perderse entre las ortigas del patio. Un suspiro resignado escapó de entre los labios del obispo. Aquello no era un palacio: era una ruina.

El obispo de Pallantia franqueó las puertas de su morada montado en Áyax, para encontrarse ante una ciudad vacía de viandantes. Las calles que conducían hasta la catedral de San Antolín, célebre en toda Hispania, se encontraban salpicadas de basuras y detritus, frente a portales vacíos que amenazaban derrumbarse con la llegada del invierno. Los cuernos seguían sonando, y Fidel distinguió, frente a los anchos muros de la catedral, a medio centenar de jinetes que alzaban sus armas hacia el cielo de los Campos Góticos. Sus coloridos mantos azules, que los cubrían desde el rostro hasta las manos, permitían identificarlos como bereberes, gentes de la Mauritania.

El obispo Fidel trató de contarlos, pero perdió las fuerzas cuando superó los dos centenares. Era difícil seguirlos, pues los jinetes se movían por toda la plaza como langostas enfervorecidas: sus delgados caballos, de patas finas y fibrosas, no paraban de correr de un lado a

otro sin que los jinetes hiciesen esfuerzo por frenarlos. Al contrario, los guerreros que los montaban jaleaban a los animales agitando sus ropas, gritaban y golpeaban los ijares de sus monturas con los talones desnudos.

Algunos palentinos, asomados a las puertas de las casas que daban a la plaza de la catedral, observaban la danza guerrera con gesto temeroso y los ojos hundidos: hombres de rostro moreno ocultaban sus labios mordidos por mandíbulas nerviosas, mientras las manos de las madres tomaban las de sus hijos.

Embravecido por el semblante preocupado de los cristianos, el obispo Fidel tensó las riendas de Áyax, y con un ligero golpe de talones condujo al caballo hasta el centro de la plaza. Un murmullo se levantó desde las gargantas de los palentinos al ver aparecer la mitra y el báculo de su antiguo obispo. No lo habían visto de tal guisa desde que, hacía ya cinco primaveras, llegasen los emisarios de Toletó para informarlo de que su diócesis dejaba de existir. Ahora, sin embargo, los ánimos de los cristianos de Pallantia no pudieron evitar calentarse: era difícil ser dhimmí en una ciudad controlada por musulmanes.

Ver al depuesto obispo Fidel junto a su báculo recordándoles su pasado esplendor calmó los ánimos de los palentinos; y, aun así, no pudieron sino preocuparse al ver al eclesiástico acercarse a los jinetes bereberes. Estos proseguían su danza guerrera, poniendo sus caballos de manos, haciéndolos cocear y relinchar, mientras lanzas y espadas cortaban el cielo invocando el nombre de Alá.

—¡Nusair ibn Talib! —El obispo gritó tan alto como pudo para hacerse oír entre la algarabía—. ¿Dónde está Nusair? ¡Quiero hablar con vuestro caudillo!

El círculo de danzantes se abrió ante un jinete de rostro delgado cuyas barbas canosas resaltaban su piel aceitunada. Él era el guerrero a quien Fidel llamaba: Nusair ibn Talib, el señor musulmán de las tierras del río Pisoraca, y caudillo de la tribu más poderosa de las llanuras: los baragwata.

—¿Qué sucede, Fidel, obispo de...? —preguntó Nusair en árabe, mirándolo con ojos burlones—. ¡Obispo de Nada!

Un coro de risas se alzó entre unos jinetes que habían dejado de danzar para prestar atención a las palabras de su jefe. Fidel de Pallantia permaneció serio, impasible ante aquella broma que solo servía para que Nusair ibn Talib demostrase en público que era más poderoso que él. En la intimidad, el *mauro* era un gran conversador, con mucho mundo ante sus ojos; pero ante sus guerreros, los hombres de poder cambian.

—Me gustaría asegurarme de que no piensas liderar a los tuyos contra ninguna población cristiana, *sidi*.

Trató de sonar amenazante y disuasivo, pero el obispo emérito no dominaba el árabe. Nervioso, Fidel temió que lo único que pareciese aquella amenaza velada fuese una débil súplica.

—El pobre obispo de Nada cree que vamos a robar cualquiera de los míseros poblados de su arruinada diócesis. —El bereber señaló el noreste, hacia los vacíos e infinitos Campos Góticos—. Decidle vosotros, hermanos, a dónde vamos...

—¡A Qurtuba! —gritaron los bereberes, haciendo bailar sus lenguas—. ¡Muerte a los Omeyas, muerte a los kalbís! ¡Venganza, venganza!

Nusair ibn Talib miró al obispo Fidel con gesto ufano, cruzándose de brazos e irguiéndose sobre su caballo como un halcón peregrino que acabara de cobrar una buena pieza para su cetrero.

—¿Y cuál es la razón de esta guerra? —preguntó Fidel, mientras un sudor espeso comenzaba a perlar su nuca.

Nusair ibn Talib hinchó las aletas de la nariz con gesto impaciente.

—Hace un mes se presentó en Qartayannat un nuevo valí Omeya procedente de Damasco. Su nombre es Abdul-Jattar, un sucio kalbí criado en las cortes de Siria, mentiroso como todos los de su pútrida raza. A los bereberes nos considera ratas, gentes inferiores... ¡Bastardo, hijo de cien ramera!

Un coro atronador de voces alteradas secundó las palabras de Nusair ibn Talib gritando «¡Muerte al Omeya!», y el bereber, exaltado, alzó de patas a su caballo, noble y orgulloso como todos los caudillos de su pueblo.

—¡Abdul-Jattar ha esclavizado a nuestros hermanos de Yaiyyán, y pagará con su vida esta afrenta!

Los ojos de Nusair brillaban mientras su lengua cortaba el aire entonando el agudo grito de guerra de los *mauri*, y los palentinos asomados a las ventanas temblaron de miedo.

—¿Quién protegerá Pallantia entonces, señor de los bereberes? —preguntó Fidel, poniendo en su boca el temor de todos los cristianos—. ¿Vais a dejarnos indefensos? Recordad que nos unen pactos de fidelidad.

Nuevos gritos brotaron de entre los jinetes bereberes que contestaban con burlas a la pregunta del depuesto obispo. Les daban igual los dhimmís: los cristianos no tenían ningún tipo de utilidad más que como siervos.

—Os quedáis solo, dhimmí: no hay vuelta atrás. La guerra terminará este verano, para bien o para mal. —Nusair ibn Talib abrió los brazos, señalando a la masa vociferante de jinetes que se abría a sus espaldas—. ¡Todos los bereberes entre el Wadi Astura y el Wadi Ibruh

han acudido a mi llamada! Venceremos a Abdul-Jattar, o moriremos en el intento. Quizás en septiembre, si Alá provee, volveremos a encontrarnos.

Fidel de Pallantia, sin poder contener la desesperación que lo dominaba, dirigió su mirada al norte.

—¡Ellos vendrán antes, Nusair, lo sabes! —exclamó el obispo, arrepintiéndose de haber remitido la carta del Damasceno al anciano Asterio de Saldania.

El caudillo bereber, conocedor del peligro escondido tras los montes del septentrión, se encogió de hombros mientras dedicaba un último vistazo a las casas de Pallantia.

—Reconstruid las murallas, dhimmí. —Antes de dar media vuelta e internarse entre sus hombres, el bereber añadió—: Lleváis razón al tener miedo: los perros hambrientos buscarán saciarse devorando a su antiguo pastor.

Tras golpear con sus talones el vientre de su caballo, Nusair ibn Talib atravesó la Puerta de Septemanca seguido por sus vociferantes jinetes bereberes. A la compañía que abandonó Pallantia aquella mañana se les unieron muchas más procedentes de las aldeas cercanas, dispuestos a liberar a sus hermanos de las mentiras y afrentas de Abdul-Jattar, nuevo valí Omeya de al-Ándalus.

Ninguno de aquellos guerreros pensaba regresar a una Pallantia donde solo resistía un obispo emérito que acariciaba el ancho cuello de Áyax mientras se preguntaba si, con la marcha de Nusair ibn Talib y sus bereberes, el Juicio Final en el que nunca había creído se encontraba un paso más cerca de acontecer. Había avisado al monje Asterio de la próxima venida del *Apocalypsis*, salvando su conciencia: pero a la vez, Fidel lo sabía bien, acababa de mostrar su propia debilidad. Pallantia, sin bereberes que la custodiasen, no podría ser defendida de quien se atreviese a tomarla.

#### COLINAS DEL CERRATO

#### TIERRAS DE LA ANTIGUA DIÓCESIS DE PALLANTIA

Sisalda abrió los ojos, sobresaltada por el llanto procedente de la cuna donde creía dormidos a sus dos bebés. Soltando un suspiro resignado, la mujer apartó las lanas que cubrían el camastro y se dispuso a calmarlos retirándose la camisa que cubría su pecho. La agudeza del llanto indicaba que los mellizos tenían hambre. Asiendo a duras penas unos senos pequeños y vacíos, se los ofreció a unos bebés que no tardaron en volver a llorar, aún hambrientos, sin más dulce líquido que llevar al

estómago, y Sisalda emitió un suspiro apenado: ella también necesitaba comer para poder alimentarlos.

A su espalda escuchó el tintineo inconfundible de una cota de malla, velado tras la gruesa cortina que dividía su lecho de la estancia donde vivía y cocinaba. La mujer se asustó al pensar que podía ser un extraño, y dejó de nuevo a los bebés en la cuna de madera. Después, se internó en la estancia principal de la vivienda, donde descubrió a su esposo, Tárík ibn Malik, vistiéndose para la guerra mientras las primeras luces del alba arrancaban destellos dorados en el cielo. El hombre estaba de espaldas, y por eso no percibió su presencia, concentrado como estaba en atarse el largo turbante que lo libraría del polvo del camino. Su espada curva descansaba contra una de las paredes de adobe, junto a un escudo redondo reforzado con hierro y cuero. Y su rostro serio y ausente indicaba que se disponía a partir al encuentro de una muerte con la que los bereberes estaban acostumbrados a lidiar.

—¿Marcháis, esposo? —preguntó la muchacha con un hilo de voz.

Tárík se giró, sorprendido por haber despertado a Sisalda. Había tratado de ser lo más silencioso posible.

—Hoy es el día —confirmó Tárík, tomando la espada y abrochándose el cinto.

Sisalda avanzó dos pasos y se cubrió el cabello con el manto. La puerta de la calle estaba abierta de par en par.

—¿Os reuniréis con mi padre?

Tárík asintió lentamente, agitando las canas que comenzaban a perlar su barba de veterano.

—Todos los bereberes de la llanura y los montes han sido convocados. Vuestro padre debe de encontrarse ya en Pallantia, junto al caudillo Nusair ibn Talib: soy yo quien llega tarde.

Sisalda, asumiendo que todo estaba ocurriendo de verdad, se lanzó a las rodillas de su marido y las asió fuertemente.

—No os vayáis, os lo suplico, por favor... —Hundió el rostro en el manto de Tárík, tratando de despertar su reacción—. Si vuelven los jinetes de los tributos, ¿cómo les pagaré? ¡Mis brazos no dan para recoger la cosecha!

Tárík la tomó por la barbilla, y la obligó a levantarse. La cabeza de su mujer quedó frente a su pecho, pero sus ojos se clavaron directamente en su alma. El bereber contuvo un suspiro de lástima: sabía que jamás debería haber aceptado aquel matrimonio. Él amaba la guerra, no a su mujer. No sentía deseo alguno por protegerla, al contrario: sabía que su marcha era lo mejor para Sisalda.

—Ningún jinete Omeya volverá a pedirte el *zakat*. —Así llamaban los bereberes al tributo que, como musulmanes, debían pagar al valí

Omeya de Toletó—. Por eso los baragwata partimos a la guerra: para conseguir la libertad.

Sisalda contuvo un gemido de angustia, y Tárík se dio por rendido, dispuesto a marcharse sin decir nada más. Por mucho que hablase, aquella joven de ojos negros y adolescentes jamás lo comprendería.

Agachándose con un gruñido, el guerrero tomó sus fardos y los cargó sobre su hombro, impasible ante la llorosa figura que se hundía a sus pies. El llanto de los bebés volvió a inundar el interior de la casa, y Sisalda salió de su desconsolada parálisis para introducirse de nuevo en la habitación del separado matrimonio. En cuanto los bebés respiraron tranquilos, Sisalda regresó a la estancia principal sosteniéndolos contra su pecho, limpiándose las lágrimas para despedirse con entereza de su marido. Tárík, sin embargo, ya había salido.

Cubriéndose con el velo, se dirigió al exterior, donde el sol comenzaba a dejarse ver tras los chatos cerros que rodeaban las tierras del río Pisoraca. Su marido estaba ensillando a Drilla, su fibroso caballo bereber, junto a la pared de adobe de su humilde casa. La muchacha permaneció frente a él, inmóvil, sosteniendo firmemente a los bebés mientras esperaba una despedida. La escena se repetía frente a todas las casas de la aldea. Los hombres partían de sus hogares entre abrazos y miradas tristes, mientras sus hijos se aferraban a sus piernas, negándose a verlos marchar.

Tárík, mirándola con ojos resignados, se aproximó lentamente y se inclinó sobre sus hijos. Su calloso dedo índice acarició los tiernos mofletes de los mellizos, a quienes quizás no volvería a ver.

—Zizyad y Aksil —dijo en voz baja, sintiendo la respiración agitada de Sisalda sobre su oreja derecha—. *Ma sha Allah...*

Tras apartar la mirada de sus vástagos, acercó sus labios a la estrecha frente de su mujer hasta posarlos suavemente sobre su piel aciunada.

—Eres una buena esposa, Sisalda. —Tárík la miró a los ojos una última vez—. No te sientas sola: Alá siempre estará contigo.

Pasando por alto las pequeñas lágrimas que comenzaban a brotar de los grandes ojos de la joven, saltó sobre Drilla y lanzó el agudo grito de guerra de los bereberes. Sus vecinos se le unieron, y trotaron hasta el centro de la aldea, agitando sus espadas y mantos, mientras los hijos se abrazaban a las madres, y los perros ladraban a su paso. Una mujer se acercó a los jinetes portando un gran cuenco lleno de arcilla roja. Los guerreros introdujeron en él sus manos, y mancharon sus caras con aquel tinte carmesí para dejar a continuación la marca de sus dedos sobre la grupa de sus caballos. Así habían partido los baragwata a la guerra durante generaciones, envueltos en los colores del desierto, invocando la sangre que pronto salpicaría sus rostros.

Tárik soltó un nuevo grito, y comenzó una rauda cabalgada hacia el oeste, seguido por todos los hombres de aquella pequeña aldea acostada sobre uno de los cerros que jalaban el Cerrato. El sol naciente iluminó las espaldas de los jinetes y cubrió de sombras los rostros de sus hijos y mujeres, camuflando las lágrimas de quienes despedían a los bereberes.

Sisalda observó que la aldea cobraba, tras la marcha de los jinetes, una actividad inusual. Los niños corrían de aquí para allá, llevando odres y cebollas a unas madres que guardaban todo en pequeños sacos de cuero colgados de asnos escuálidos. La aldea entera parecía prepararse para la partida, y Sisalda comprendió lo que sucedía. Sin guerreros, las familias eran vulnerables a unas más que probables escaramuzas por parte de los jinetes Omeyas.

Una mujer mayor, que cargaba a una niña en sus brazos, se acercó a ella con expresión alicaída. Se llamaba Salama, y era quien la había ayudado a traer al mundo a los mellizos.

—¿Vendrás con nosotros? —Salama se acomodó a su hija en la cadera—. No hay nada que hacer aquí.

Sisalda desvió la mirada hacia la vivienda.

—¿Dónde buscaréis refugio? —preguntó al fin, dubitativa.

—Iremos a Yilliqiya: allí los nuestros aún son fuertes.

*Yilliqiya...* Sisalda asintió despacio ante aquella palabra que sonaba tan lejana y distante, como si Salama le hubiese anunciado que viajarían hasta Damasco. Lo único que sabía sobre aquel lugar era que se encontraba en los confines del mundo conocido, donde siempre llovía y el sol no se dejaba ver.

—Yilliqiya debe de estar muy lejos. —La muchacha volvió a mirar hacia la casa donde sus hijos, por fin, parecían dormir—. Temo que los mellizos no superen el viaje.

—Eso solo depende de Alá —contestó Salama, alzando la vista hacia el cielo.

Sisalda, sin embargo, ya había tomado una decisión.

—Viajaré hasta mi aldea y viviré con mi familia. —La bereber bajó los ojos ante la preocupada mirada de Salama—. Mi madre y hermana necesitarán ayuda ahora que los hombres han partido.

Salama apartó la mirada, y desveló una mueca de honda preocupación. La aldea natal de Sisalda se alzaba a pocas millas al norte de allí, muy próxima al Pisoraca.

—Allí habita la peste... Lo sabes, ¿verdad?

La joven madre asintió, pero se mantuvo en sus trece.

—Prefiero morir enferma entre los míos que enviar a mis hijos a una muerte segura en algún camino abandonado.

Salama se encogió de hombros, asumiendo que ya había hecho todo lo que podía para tratar de convencer a aquella testaruda joven, y agachando la cabeza, dio media vuelta con andar contoneante. La niña que sostenía en su cadera permaneció mirando a Sisalda mientras Salama se alejaba, con unos ojos que expresaban hambre, cansancio, sueño y ganas de que todo terminase.

A su alrededor reinaba el caos que precedía a toda partida. Los asnos de los aldeanos no dejaban de rebuznar, quejumbrosos, con los ojos vueltos hacia el ancho cielo del páramo, aparentemente impacientes por partir, mientras los aldeanos trataban de calmarlos. Algunos daban coces y pateaban el suelo, extrañamente nerviosos. Antes de regresar a la oscuridad de la casa de adobe que pronto abandonaría, Sisalda se percató de que la luz parecía velada por un rocío invisible y de cómo algunas hormigas gruesas y aladas comenzaban a aparecer en las paredes de las cabañas. Los asnos avisaban a sus dueños de que aquel no era el día indicado para moverse, pero el empeño de los animales fue en vano. Nadie quería permanecer más tiempo en una tierra muerta donde nadie podía protegerlos.

MIENTRAS TANTO, EN PALLANTIA...

—¡Cayo, despierta! ¿Qué haces dormido?

Una mano rozó su mejilla, golpeándola suavemente, y el hijo mayor de Fidel de Pallantia encontró frente a sí los profundos ojos grises de su padre.

—¡Deprisa, desayuna, tienes que partir!

Sin comprender nada, Cayo se frotó el rostro antes de coger la túnica corta de cuero y la clámide de piel de corzo que componían su único vestuario estival.

—¡Los he visto más rápidos, pareces un anciano! —exclamó Fidel, provocando un súbito sonrojo en el veinteañero.

Exasperado, el obispo salió de la sala, y regresó al poco rato, portando en sus manos siete pequeños rollos de pergamino sellados con cera de abeja. El grueso anillo obispal de Fidel, recuerdo de tiempos mejores, brillaba mientras sus hábiles dedos introducían los rollos en una bolsa de cuero.

—¿Qué sucede, padre? ¿Por qué tanta prisa? —preguntó Cayo, bostezando.

—Los *mauri* se han marchado de la ciudad —contestó Fidel, mirándolo a los ojos con semblante compungido—. Nusair ibn Talib ha conseguido que todos los bereberes de las llanuras se unan bajo su mando: pretende derrotar a Abdul-Jattar, el nuevo valí de al-Ándalus.

Cayo asintió, serio como una tumba ante unas palabras pronunciadas desde la preocupación más profunda. A sus veintiún años, comprendía perfectamente que aquella noticia significaba problemas para Pallantia. Los bereberes de Nusair ibn Talib siempre los habían protegido, aunque no ocultasen su disgusto por tener que habitar tan agrestes tierras.

—Escúchame bien, hijo... —comenzó a decir Fidel, apretando los labios—. Debo avisar a los cristianos acerca de la marcha de los bereberes. Monta en Áyax y entrega estas misivas en las ciudades y castillos de Septemancia, Saldania, Revendeca, Carbonaria, Abeica y Cinisaria. —Abrió el saco ante Cayo, mostrando siete misivas de pergamino enrolladas—. Después, toma la *via Aquitania* y cabalga hasta la diócesis de Auca, donde es obispo mi buen amigo Sisenando, y pídele hombres para defender Pallantia. No te detengas, Cayo, ni aunque mil jinetes persigan tu caballo...

Fidel de Pallantia calló bruscamente, alcanzado por un puñal invisible, manteniendo la mirada fija en los ojos grises de Cayo que tanto se parecían a los suyos. Quería decir tanto que las palabras no cabían en su boca, por lo que únicamente consiguió producir un balbuceo ininteligible y preocupado. Por suerte, su hijo mayor le devolvió una mirada llena de entereza que lo instó a pensar que el joven que enviaba a los caminos ya no era ningún muchacho, sino alguien capaz de cuidarse en el mundo de fuera con el mayor de los descaros.

Media hora más tarde, Cayo Fidélez, primogénito del antiguo obispo de Pallantia, salió por la Puerta de Septemancia montado en el veloz caballo Áyax, tomando el camino que corría junto la fértil vega del río Carrión en dirección al sudoeste.

No se encontró con nadie, hasta que, después de haber cabalgado durante más de dos horas, aparecieron junto al camino unos pastores rodeados por ovejas y grandes mastines. Los perros ladraron y los hombres gritaron, temerosos de que Cayo atropellase a su ganado. Los mastines, oliendo la turbación de sus amos, enseñaron los colmillos y, confundiendo a Cayo con uno de tantos salteadores con los que estaban acostumbrados a combatir, se lanzaron sobre él. El joven jaleó al animal, indignado con unos pastores que no llamaron a sus perros, pues eran gentes sin señor que solo tenían a sus animales y gustaban de entretenerse burlándose de los viajeros.

Uno de los mastines, más grande y resistente que el resto, lo siguió durante una milla, ladrando como un poseso y soltando blanca espuma por la boca. Cayo llegó a pensar que nunca abandonaría aquella escandalosa persecución, por lo que, sin dejar de galopar, el joven se apresuró a tomar el arco y cargar la flecha que acabaría con el incesante

bramar de ladridos. Iba a soltar el dardo cuando, de repente, el mastín frenó en seco, mirando al cielo. El can lanzó un gemido acobardado, y se convirtió en un instante en un ovillo lanudo envuelto en puro miedo. Sin comprender nada, Cayo detuvo la carrera de Áyax y observó de lejos al perro; este, aullando de miedo, había emprendido la huida con el rabo entre las piernas.

Mientras se preguntaba cómo una simple flecha había hecho dar media vuelta a un perro rabioso, Cayo de Pallantia notó cómo un extraño silencio se extendía a su alrededor. Percibió que los pájaros, bien entrada la mañana, permanecían mudos, sin cantar al bello día que se presentaba. Miró al horizonte y se inquietó aún más al no divisar cuervo alguno sobrevolando la llanura. Una tenue oscuridad comenzaba a envolver el mundo: los árboles se encontraban cubiertos por un difuminado manto púrpura, y el horizonte se diluía en tonos añiles que se iban oscureciendo tras cada pestañeo. Había además un aroma metálico en el ambiente, similar al que precede a la caída del rayo. Ausentes del cielo los altos cúmulos que anticipan tormenta, el palentino reparó en que la enorme bola amarilla del sol no alumbraba como todos los días. Cayo se frotó los ojos con los nudillos sin poder creer lo que veía: una sombra oscura tapaba parte del astro rey.

Su inconsciente buscó a alguien a quien preguntar si aquello era cierto, o un simple efecto de la tensión acumulada en su mente, pero no había nadie que pudiese calmarlo. La muerte del sol solo podía significar que el mundo había terminado, y él moriría allí, en medio de un camino sin nadie que pudiese llorar a su lado. Pocas veces en su vida Cayo se sintió tan solo, y de no haber sido por Áyax, que pifiaba sonoramente a su lado, habría roto a gritar de puro miedo. Volvió a mirar al sol, quemándose las pupilas hasta comprobar consternado cómo la mitad izquierda del astro no era más que un agujero negro y tenebroso. Desesperado e incapaz de comprender por qué el astro se ocultaba, decidió arrodillarse, asumiendo que aquel sería el último día de un mundo que se apagaba.

De repente, llegó a oídos de Cayo un débil y distante redoble de campanas llamando a refugio. Esperanzado, resistiéndose a morir solo, Cayo de Pallantia montó a Áyax de un salto y siguió una llamada que parecía provenir de la ribera del río Pisoraca. Sin atreverse a mirar de nuevo al cielo, abandonando el camino de Septemanca y su misión, cabalgó hacia la vera del río en pos de su salvación. Sobre los chopos que bordeaban el río, las cigüeñas entrechocaban sus picos llamando al nido a sus parejas: los animales siempre sabían cuándo el final se acercaba.

Tras la alameda, Cayo pudo distinguir la silueta de una iglesia rodeada por media docena de casas de adobe. Había campesinos en los campos de los alrededores, y los labriegos se dirigían a la carrera hacia

el templo, cuyas campanas eran agitadas por un niño pequeño. Mientras adelantaba al galope a los aterrados campesinos, Cayo no pudo permanecer impávido a los gritos y sollozos de terror que brotaban entre ellos, sorprendidos por el fin de los días. Madres, abuelos, padres e hijos abandonaban las eras, dejando atrás azadas y rastrillos, en busca de refugio y respuestas ante la partida de un sol que siempre había brillado sobre sus cabezas.

Unos gritos histéricos se alzaron cuando Cayo alcanzó a los primeros labriegos.

—¡Lo ha cubierto, mirad! —gritó una mujer, señalando al cielo con un dedo tembloroso—. ¡El sol ha desaparecido!

Cayo de Pallantia ignoró aquel índice atemorizado y adelantó a los campesinos, hasta detenerse ante el bello arco que daba entrada al templo. Después, penetró en la iglesia tras santiguarse, parpadeando para acostumar sus ojos a la repentina oscuridad del interior. No quería mirar el sol; pensar en un final lo paralizaba. Necesitaba encomendarse a Cristo: solo de él dependía que la sombra pasase.

El joven caminó entre las gruesas columnas que jalonaban la nave, y buscó el más oscuro de los rincones del templo. El interior era rico en pinturas, pero en nada más; las marcas negras en las paredes evidenciaban las consecuencias de un saqueo, y las capillas estaban vacías, privadas de cualquier ornamento. Solo el ábside central mantenía su original decoración en mosaico; y allí, junto al altar, Cayo distinguió un pequeño grupo de monjes vestidos con hábitos pardos.

Los eclesiásticos no dejaban de dirigir miradas de nerviosismo a los campesinos que se refugiaban en la iglesia. Cuando el espacio comenzó a faltar, uno de ellos descendió del altar y caminó hacia la puerta del templo agitando los brazos.

—¡Los musulmanes no pueden entrar! ¡Buscad una mezquita!

Aquello provocó la protesta de numerosos campesinos bereberes que, desamparados, lanzaban pavorosas miradas hacia un sol cuya negrura persistía. Los cristianos tampoco parecían más optimistas, ni los monjes dispuestos a consolarlos, paralizados estos también por lo que se encontraba aconteciendo en lo alto del cielo. Cayo reparó en que los religiosos estaban obviando una de sus principales obligaciones: ofrecer consuelo y guía a quienes pedían respuestas.

Y comprobó, satisfecho que no era el único que lo pensaba.

—¡Abran el libro, hermanos! ¡Léannos las Escrituras! —gritó un hombre con la voz rota por el nerviosismo—. ¡El sol sigue sumido en tinieblas!

Uno de los monjes, más anciano y orondo que el resto, dedicó una incómoda mirada a los fieles.

—¡Esta iglesia está abandonada! No se puede celebrar misa en ella.

—¡Hágalo, padre, rece por nuestra salvación!

De nuevo, el eclesiástico esbozó una mueca de hartazgo. Inmune a la turbación que provocaba el sol envuelto en tinieblas, su gesto despreocupado levantó las suspicacias de Cayo. Los monjes que lo acompañaban, en cambio, lucían semblantes de preocupación, mientras no dejaban de murmurar y cuchichear junto a los oídos del orondo sacerdote.

—¡Se van a dar cuenta, obispo Sisenando, no son estúpidos!

—¡Volveremos a Auca con la marca de sus varas!

El impávido sacerdote se percató de que Cayo de Pallantia lo miraba fijamente.

—¡Silencio, cobardes! —masculló el obispo de Auca, volviendo el rostro y enseñando los dientes.

Cayo se acercó unos pasos en dirección al altar. Su sorpresa era mayúscula... ¡Aquel hombre orondo era Sisenando, el obispo de Auca a quien debía entregar una de las siete cartas que portaba en su zurrón! ¿Qué hacía tan alto prelado en una iglesia decadente, tan lejos de su sede, camuflado con un hábito pardo?

Apenas tuvo tiempo de pensarlo. Lanzando miradas de fuego a sus acólitos, el monje que en realidad era todo un obispo se agachó ante los orantes fieles e introdujo las manos en un amplio petate, hasta entonces oculto tras los pardos hábitos de sus acólitos. De allí sacó un grueso códice de lomos negros como el carbón, y lo condujo solemnemente hacia el bello altar de piedra, donde lo apoyó con parsimonia.

Los fieles alzaron un murmullo extasiado en cuanto las cubiertas del libro tocaron la piedra del vetusto templo.

—¡Háblanos de Jesús, padre! ¡Tráenos esperanza!

—¡Haz que él nos proteja de las tinieblas!

Ignorando las súplicas, Sisenando de Auca se situó de espaldas a la multitud y abrió las páginas del libro, liberando destellos dorados que golpearon su frente haciéndola brillar. Los fieles se arrodillaron, listos para rezar, y el obispo alzó los brazos y bajó los párpados.

—¡Escuchad, hijos míos, la palabra de Juan Evangelista, sabio entre los sabios, que vivió horas tenebrosas como las que ahora nos envuelven! Él también contempló cómo el sol se sumía tras las sombras... ¡Y también vio a quien las deshizo, devolviendo la luz al mundo tras el paso de las tinieblas!

Aprovechando que todos los ojos estaban sobre Sisenando de Auca, una sombra menuda y envuelta en paños esquivó la mirada del monje que custodiaba la entrada y se introdujo en la iglesia. La recién llegada buscó el rincón más alejado del altar, y allí encontró a Cayo,

arrodillado y con los ojos cerrados en expresión temerosa. De repente, su regazo despertó con un quejido quedo, y la joven debió bajar la mirada hacia los bebés escondidos entre sus ropas.

Cayo abrió los ojos, y sus miradas se entrecruzaron. La mujer meció a los bebés, tratando de calmarlos con suaves balanceos entre sus brazos. El gesto provocó que la capucha que cubría su rostro reptase hacia el suelo, descubriendo un rostro aniñado de color aceituna, cuyos altos y delgados pómulos armonizaban a la perfección con una frente estrecha de piel inmaculada. Los ojos de aquella mujer atravesaron a Cayo, a quien la visión de una madre que podía tener su edad le hizo sentir un completo inútil. El mundo iba a acabar, el sol había sido tapado y hasta entonces... ¿qué había hecho él para merecer salvarse?

Dolido por saberse un mal cristiano, Cayo se postró sobre las frías losas de la iglesia, y pidió a Cristo que actuase. Necesitaba tiempo para enmendarse: el mundo no podía terminar ahora. Entonces, la voz de Sisenando de Auca retumbó en sus oídos, en las columnas y capiteles, envolviéndolo proféticamente con versos que explicaban por qué el sol no volvería a brillar.

—Por haber anunciado el mensaje de Dios confirmado por Jesús, me encontraba yo, Juan, en la isla llamada Patmos. Sucedió entonces que, en el día del Señor, quedé bajo el poder del Espíritu y oí tras de mí una fuerte voz, como un toque de trompeta, que me dijo: *«Escribe en un libro lo que ves, y mándalo a las siete iglesias de la provincia de Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea»*.

A medida que el obispo hablaba, las tinieblas que ocultaban el sol llegaron a su punto álgido, hasta que apenas pudieron distinguirse los rostros en el interior de la iglesia. Los niños lloraban, desconsolados, aferrados a unas madres que no sabían qué decirles.

—Yo, Juan, me volví para ver de quién era la voz que me hablaba, y al hacerlo vi siete candelabros de oro. En medio de los siete candelabros había alguien que parecía ser un Hijo de Hombre, vestido con una ropa que le llegaba hasta los pies y con un cinturón de oro a la altura del pecho. Sus cabellos eran blancos como la lana y la nieve, y sus ojos parecían llamas de fuego. Sus pies brillaban cual bronce pulido, fundido en un horno; y su voz era tan fuerte como el ruido de una cascada. En su mano derecha tenía siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de dos filos. Su cara era el sol cuando brilla en todo su esplendor.

Un coro de voces exaltadas se abrió paso entre los potentes versos recitados por Sisenando de Auca.

—¡Es Jesucristo! ¡Él volverá para salvarnos! —gritó uno de los fieles.

—¡Alabado sea el Señor!

—¡Rezad por el Salvador!

Sisenando dejó que los desesperados fieles se lanzasen a aquella pasión colectiva, y permaneció inmóvil, de espaldas, controlando con el oído los ánimos de su rebaño.

—Al ver al Hijo de Hombre, yo, Juan, caí a sus pies como muerto. Él, poniendo su mano derecha sobre mí, me dijo: «*No tengas miedo; yo soy el Primero y el Último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre. Yo tengo las llaves del reino de la muerte*».

Un fino rayo luz se coló a través de la celosía que cubría la ventana, iluminando directamente el altar.

—«*¡Yo soy el Alfa, y la Omega!*», dice el Señor, Dios Todopoderoso, «*¡el que es, era y ha de venir!*».

Nuevos rayos de luz se estrellaron contra la ventana, llenando la iglesia de color. La figura del obispo Sisenando se recortó contra la trenza de la celosía mientras la luz regresaba el mundo. Una mujer entró en éxtasis, diciendo que allí, en el templo, se encontraba la Virgen, y los fieles salieron de la iglesia hasta ser bañados por un sol que ninguno confiaba en volver a ver. Las familias prorrumpieron en vítores y alabanzas, y cayeron de rodillas al comprobar que las sombras se retiraban del astro, derrotadas por las palabras del obispo Sisenando.

Con los miembros aún temblorosos, Cayo de Pallantia observaba el alborozo de los campesinos desde la entrada de la iglesia. Todavía nervioso, se descubrió esforzándose en pensar que el peligro ya había pasado. Así parecían creerlo unos labriegos que regresaban a sus quehaceres cotidianos como si nada hubiese sucedido. Limpiadas las lágrimas y alejado el terror que hasta hacía solo unos instantes les afligía, las azadas volvieron a resquebrajar terrones, y las manos tomaron de nuevo los arados. El palentino comprendía aquel desapego por un júbilo que había durado poco: los habitantes de aquellas tierras golpeadas por la peste y la carestía celebraban poco las alegrías, conscientes de que al día siguiente estarían rezando por alejar de ellos la desgracia que siempre parecía rodearlos.

Cayo vio interrumpidas sus reflexiones por un murmullo apresurado a su espalda, y volvió el rostro hacia el interior de la iglesia. El obispo Sisenando de Auca había guardado el códice en una arqueta, y los monjes que lo acompañaban se afanaban por, entre los cuatro, cargar con el voluminoso baúl hasta el exterior del templo.

—¡Eminencia, eminencia!

El hijo de Fidel de Pallantia se acercó corriendo a Sisenando, recibiendo con entereza las duras miradas de unos monjes que no se atrevieron a reprocharle lo inoportuno de su llegada.

—¿Sois vos Sisenando de Auca? —Cayo se arrodilló ante el obispo, besando sus anillos, sin dar tiempo a que Sisenando pudiese evitarlo.

Sisenando miró ceñudamente al monje que había soltado en voz alta su lugar de procedencia.

—El mismo... —El obispo de Auca, suspicaz, echó un vistazo a la espada del palentino—. *Senior...*

—Cayo Fidélez de Pallantia —contestó el joven, decidido—. Salí de la ciudad al alba con un mensaje para vos de parte del obispo Fidel, quien ruega vuestro auxilio para defender una Pallantia indefensa: los bereberes se han marchado siguiendo a Nusair ibn Talib, señor del Pisoraca, rumbo al sur.

Pillado por sorpresa, Sisenando de Auca soltó un potente chorro de aire por sus narices.

—Vuestro padre me pide un imposible. —El eclesiástico negó con la cabeza, agitando su fofa papada—. No tengo hombres suficientes, y si abandono Auca, seré yo el atacado.

Cayo, intuyendo un punto flaco en la argumentación de Sisenando, reunió la osadía de decir:

—Los montañeses nunca llegarán hasta vuestros dominios, señor.

—¡Qué sabrás tú, insolente! —exclamó el obispo, atravesándolo con la mirada—. ¿Acaso has oído hablar de los vascones?

El joven asintió, pero su boca permaneció sellada. Había sido demasiado atrevido: no se podía replicar a un obispo.

—Entonces, muchacho impertinente, no te atrevas a dudar de mis palabras.

Ofendido, Sisenando se dio la vuelta, y con una señal, indicó a los monjes que debían marcharse cuanto antes.

—Decid a Fidel que nos reuniremos cuando pase la tormenta, pues todo acabará algún día, para bien, o para mal. Tenemos mucho de qué hablar.

El obispo de Auca abandonó la iglesia dejando tras de sí un aroma a incienso y óxido muy similar al que desprenden las criptas más profundas de las catedrales. Abatido, Cayo presenció su partida a lomos de fuertes mulos, rumbo al este, alumbrados por un sol que volvía a ser el de siempre.

Disgustado por la negativa de Sisenando, Cayo Fidélez se pasó la lengua por los labios, reseco por el polvo de la meseta. Deseando pegar un buen trago antes de regresar al camino, buscó a Áyax, y tomándolo por las riendas, lo guió a través de la amplia explanada que rodeaba a la iglesia, salpicada de fresnos, chopos y abedules. Se escuchaba un murmullo de aguas distante, amortiguado por las ramas de los árboles: allí cerca debía de haber una fuente. Efectivamente, tras

salvar una ligera pendiente, Cayo se encontró con un gran manantial cubierto de piedra del que manaba abundante agua cristalina. Dos grandes arcos, como bocas sonrientes, daban forma y belleza al manantial, creando una fuente monumental; y entre las jambas de piedra, chapoteaban dos bebés desnudos.

Cayo, extrañado ante la curiosa escena, miró a su alrededor, en busca de la madre de las criaturas. El bosquecillo que colindaba con el manantial estaba vacío, y tras los troncos solo divisó, sobre los lejanos campos de labor, las espaldas encorvadas de los campesinos. El palentino llegó a pensar que los pequeños habían sido abandonados, y se acercó un paso...

Un súbito chapoteo lo frenó, y asustado, Cayo dirigió la mirada hacia los arcos de la fuente, alerta. Tras las columnas de piedra apareció una figura femenina, mojada de la cabeza a los pies, desnuda como el día en que vino al mundo. Una larga mata de pelo azabache abrazaba sus generosas caderas mientras la mujer, con pausada delicadeza, descendía por las rocas de la fuente. Sus ojos negros, abiertos de par en par, indicaron sorpresa y temor en cuanto lo encontraron, inmóvil y boquiabierto ante tanta belleza.

Cayo abrió los brazos, queriendo dar a entender que no pensaba hacerle daño y que iba desarmado. Ella, veloz, salió de la fuente y se precipitó sobre sus ropas, cubriendo su cuerpo magro con un largo sayo, y tomó en brazos a los pequeños, que jugaban sonrientes con los charcos.

—¿Son vuestros? —preguntó Cayo en árabe, acercando a Áyax a la fuente para que pudiese beber.

—Sí —contestó secamente la mujer, envolviendo a los bebés en sus ropas.

El palentino mojó los labios en el agua, y pegó un respingo al comprobar que estaba tibia. Dio un largo trago, y su garganta quedó limpia.

—Sois muy joven para ser madre. ¿Dónde está vuestro marido? —preguntó Cayo en voz alta, secándose el rostro con el dorso de la mano.

La mujer apartó la mirada, tal y como hubiese reaccionado de haberle propinado un latigazo. Los bebés gruñían por lo bajo, buscando su pequeño pecho, hambrientos. No debían de tener más de unos meses y, sin embargo, miraban el mundo con los ojos muy abiertos. Uno de ellos, que poseía unos ojos verdes como faros, diferentes a los de su madre y hermano, señaló a Áyax y, soltando un balbuceo, trató de asir con su manita las crines del caballo.

Cayo de Pallantia sabía lo que era yacer con una mujer, pero jamás había querido a ninguna. Comprobó con sorpresa cómo surgía en su interior un precoz instinto protector hacia la joven madre, y sus tripas

se revolvieron solo de imaginar que la bereber y sus pequeños pudiesen sufrir algún daño.

—Si necesitáis ayuda, acudid a la ciudad de Pallantia, y preguntad por el obispo Fidel. —Sin poder contenerse, el hijo del obispo Fidel avanzó un par de pasos, mientras se perdía en los profundos ojos negros de la muchacha—. Allí las gentes son buenas, y las murallas aún se tienen en pie: encontraréis refugio para vuestros bebés.

La joven permaneció callada, y Cayo se resignó a partir sin esperar respuesta. Tras lanzar una sonrisa a los risueños bebés, el joven montó en Áyax y puso rumbo al sur, rezando por que la mujer siguiese su consejo. La visión de aquella muchacha desnuda había borrado todo rasgo de negrura, apartando de su mente la muerte del sol: en sus recuerdos solo había lugar para los brazos de la mujer, donde hubiese dormido durante noches enteras, antes de despertarse preguntándose cuál era su lugar en un mundo que había muerto y revivido ante sus propios ojos.